

Premio La Galera Jóvenes Lectores 2009



# LA ÚLTIMA BRUJA DE TRASMOZ

César Fernández García

# LA ÚLTIMA BRUJA DE TRASMOZ

César Fernández García



# LA ÚLTIMA BRUJA DE TRASMOZ

César Fernández García

 laGalera

Primera edición: noviembre de 2009

Ilustración de cubierta: Roger Olmos  
Diseño de cubierta: Adriana Martínez Vila-Abadal

Maquetación: Marquès, SL

Edición: Marcelo E Mazzanti  
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir  
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© César Fernández García, 2009, por el texto  
© Roger Olmos, 2009, por la ilustración  
© La Galera, SAU Editorial, 2009  
por la edición en lengua castellana

La Galera, SAU Editorial  
Josep Pla, 95 - 08019 Barcelona  
[www.editorial-lagalera.com](http://www.editorial-lagalera.com)  
[lagalera@grec.com](mailto:lagalera@grec.com)

Impreso en Egedsa  
Roís de Corella, 16  
08025 Sabadell

Depósito legal: B-38.430-2009  
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3278-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

*A Charo,  
por estar conmigo  
incluso cuando parece  
que estoy solo.*



## Capítulo 1

*El horror había helado la sangre de mis venas; sentía en mi cuerpo como un frío glacial, y en mis sienes fuego... Entonces quise gritar, quise gritar, pero no pude.*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER,  
*Maese Pérez el organista.*

—¿Quién anda ahí? —gritó aterrado Gustavo Adolfo Bécquer.

Alguien venía siguiendo al escritor desde que se había internado en el bosque. Quizás desde que había salido del monasterio de Veruela.

Sí. Alguien caminaba tras él. Estaba casi seguro. Pero ¿quién?

Se detuvo y, embozado en su capa, aguantó la respiración para oír mejor las pisadas de su perseguidor. Las hojas caídas chasqueaban bajo unos pies que Bécquer se imaginó de un ser poderoso y perverso, al que no lograba poner cara. Llevaba casi media hora notando su presencia, olfateando su maldad. Sin embargo, no lo había llegado a ver en ningún momento. El crepúsculo empezaba a cubrir el hayedo. Movidas por el viento, las sombras se retorcían lánguidamente.

El escritor se frotó las manos para quitarse el frío.

El vello de la nuca se le había erizado.

Alrededor, los árboles eran lóbregas presencias abultadas

que se agitaban impulsadas por el cierzo, frotándose unas contra otras, restallando en las articulaciones. El sonido de las ramas, cuando chocaban entre sí, se le antojaba un crujido de huesos. Incluso los helechos, los musgos y las madresevas, empapados de las gotas de lluvia caída por la tarde, adoptaban formas extrañas y amenazadoras. Bécquer sintió que todo aquel escenario se aliaba con su perseguidor. Una rama cayó a su lado. La sangre le latía en las sienes. Estaba demasiado nervioso para quedarse quieto.

Reanudó la marcha. Primero pasos cortos, enseguida a zancadas.

Bastó que una lechuza ululase desde una rama para lanzarse a correr.

De lo lejos venía el sonido de una campana. Tenía que ser de la ermita junto a la mina. Alzaba un tañido sordo y triste contra el cielo del crepúsculo.

A la carrera, llegó hasta un riachuelo que se deslizaba sobre un cauce de piedras oscuras. Las últimas hojas de los álamos tiritaban junto a las orillas. Estaba agotado. Para descansar sin ser visto, se sentó apoyándose en el álamo más grueso, aunque no lo ocultaba del todo. Intentó controlar el ruido de su respiración jadeante. Necesitaba ordenar las ideas.

¿Quién lo perseguía?

Si acaso llegara a sospecharlo, ya sabría por qué, y también cómo evitarlo. Pero no se le ocurría nadie... Que él supiera, por el Moncayo no había bandoleros, ni mucho menos asesinos... A su hermano Valeriano, el pintor, le gustaban esas bromas. Siempre estuvo de guasa durante los largos meses que permanecieron alojados en el monasterio de Veruela con sus respectivas familias. Valeriano sabía que Gustavo buscaba los lugares más lúgubres de la comarca del Moncayo, como cementerios o bosques,

para buscar inspiración. Cuando Gustavo estaba en esos sitios escribiendo terroríficas leyendas como *El monte de las ánimas*, *El gnomo*, *Los ojos verdes* o *La corza blanca*, su hermano se escondía para salir de improviso y darle un buen susto.

¡Ojalá pudiera ser Valeriano! Pero desgraciadamente resultaba imposible, porque había muerto más de dos meses atrás, el 23 de septiembre de ese mismo 1870.

Bécquer resopló.

Había sido una tontería venirse de Madrid dejando a su mujer con los niños. Casta, por supuesto, había protestado y lo había amenazado con volver a abandonarlo. Esta vez con razón, había que reconocerlo. El pobre Emilín no dejaba de toser y tenía fiebre... Además, había mucho trabajo en *El Entreacto* y él acababa de ser nombrado director de ese periódico. Casta le había echado en cara que volviera a las andadas, como cuando dejó la redacción del periódico *El Contemporáneo* para alquilar una celda del monasterio de Veruela y escribir como un obseso sobre tonterías. Él había respondido que sólo se trataba de una semana, pero...

Pero nada. No debería haber venido.

Y todo, ¿para qué? ¿Para qué demonios había vuelto al monasterio de Veruela? Bien pensado, era para que lo encerraran en un manicomio. A cualquiera que le dijera que el verdadero motivo era una pesadilla, se reiría de él. Y si encima explicara que en el sueño aparecía Gorgona, la última de las brujas de Trasmoz... La jovencísima bruja llevaba una calavera de cristal, del tamaño de un puño, pendiendo de una cadena negra que utilizaba como colgante. El macabro adorno le quedaba por encima del pecho.

Gorgona. Las brujas de Trasmoz... Por favor, que nadie lo supiera. ¡Qué vergüenza!

Ahora, apoyado en el tronco de un árbol, pensaba que ya lo había dicho todo sobre aquella dinastía de mujeres que habían pactado con el diablo. Ya les había dedicado muchas páginas. Había explicado que la saga comenzaba con Dorotea y había terminado con Gorgona. Ésta había sido enterrada, siendo muy joven, por un siniestro cortejo de colaboradores. Sin embargo, su poder no había muerto. Tanto su cuerpo como su espíritu podían seguir actuando. ¡Vaya que sí podían!

También les había dedicado tres de las nueve narraciones que componían su obra *Cartas desde mi celda*. En la sexta había hablado de la bruja Casca; en la séptima, de cómo el diablo levantó el castillo de Trasmoz para sus discípulas, y la octava se la había dedicado a la primera bruja, cuando ésta hizo su pacto satánico.

Ahora sí creía que lo había dicho todo, o casi todo. Pero tres días antes...

Tres días antes, en Madrid, estuvo convencido de que debía abandonar la dirección del periódico y regresar a la abadía para reflexionar sobre su pesadilla. Por lo menos durante una semana. Necesitaba recorrer a fondo los alrededores del Moncayo, donde en su sueño aparecía Gorgona, tan joven y tan diabólica. Y con las impresiones que se llevara, ¿por qué no?, empezar una novela.

La campana de la ermita sustituyó el tañido amortiguado y doliente por un repique nervioso.

Bécquer lo interpretó como un aviso.

—Huye, idiota, huye —se dijo cuando al repique siguió el ruido de unos pasos.

Corrió como nunca lo había hecho antes. Sólo miró hacia atrás en una ocasión. Entonces trastabilló, aunque recuperó el equilibrio en el último momento, y continuó a la misma velo-

ciudad. Un dolor en el costado, fruto de la fatiga, le avisaba de que tendría que parar. Aunque no era precisamente un atleta, apretó los dientes y continuó. Entre los huecos de las ramas se filtraban los últimos chispazos sanguinolentos del sol poniente.

Cuando por fin llegó al final del hayedo, se detuvo a tomar un poco de aire. No debía perder el tiempo. Su perseguidor también saldría pronto del bosque. A unos cien metros se divisaba una aldea, a la que el bosque cerraba como un valladar. Allí pediría ayuda. No faltarían cazadores que, armados de escopetas, ahuyentasen a... a quien fuera.

Su esperanza se desvaneció enseguida. Las chimeneas vencidas, las puertas desencajadas y abiertas, los cristales rotos de las ventanas, los tejados semicaídos, evidenciaban que esa decena escasa de casas estaba abandonada.

—¿Hay alguien? —gritó bajo el umbral de la primera construcción, sin atreverse a entrar.

No hubo respuesta. Ni siquiera los pájaros piaban.

El viento hacía que las puertas y las ventanas de las casas chocasen estridentemente. Sin duda, era uno de los muchos pueblos que estaban siendo abandonados por entonces. La tormenta que había caído a primera hora de la tarde había dejado empantanadas las calles, así que no tuvo más remedio que pisar varios charcos para repetir la pregunta en cada vivienda.

—¿Hay alguien?

Sólo el gemido del cierzo quiso contestar.

Dudó si meterse en alguna de esas casas para que su perseguidor no lo encontrara. Tal vez allí le pudiera dar esquinazo.

No. Mala idea. Si por casualidad daba con él, una vez dentro, Bécquer no tendría escapatoria.

Tras la última casa se levantaba un camposanto. La tapia era alta, pero la puerta de verjas estaba abierta. El viento la

empujaba contra la pared, donde chocaba con un golpe brusco una y otra vez. Ése sí que era un buen sitio para refugiarse, porque, escondido tras cualquier lápida, vería si su perseguidor entraba. Traspasó el umbral y avanzó con un nudo áspero en la garganta. Las puntas de los cipreses se erguían contra el cielo cada vez más negro. A cada paso, notaba la tierra mojada que tiraba de sus pies hacia abajo. De las tumbas, muchas agrietadas, se desprendía una sensación de abandono. Habría más de cien. Todas perfectamente alineadas. Aquel orden chillaba.

El cierzo silbaba entre las sepulturas haciéndolas estremecer. ¿Por qué no había nombres ni fechas grabados? ¿Por qué no se veía ni una cruz, ni un símbolo religioso? ¿No eran demasiadas tumbas para una aldea tan pequeña?

Una incipiente niebla se arremolinaba con el soplo del viento, hasta que éste, bruscamente, desapareció. Bécquer, desconfiando de aquel silencio, miró alrededor. Algo iba a pasar. Se notaba en el ambiente. Se ocultó tras una lápida de lo que podría ser el centro del cementerio para controlar con la vista el mayor espacio posible. La piedra de la tumba estaba cubierta por un musgo oscuro. Una grieta cruzaba diagonalmente la piedra vertical.

El silencio era artificioso.

Divisó un objeto extraño y lleno de barro en la orilla del charco que se desplegaba a su izquierda. ¿Qué era aquello? Gateando para no ser visto, se acercó al charco.

Dios, ¡una calavera de cristal! Estaba engarzada a una cadena negra.

Sin duda, era la calavera de su pesadilla. La misma que la joven Gorgona llevaba como colgante. Las casualidades no existían. Todo obedecía a un motivo. Parecía como si Gorgona,

desde el sueño, lo hubiera atraído para acudir a ese sitio. De sólo pensarlo, el terror le atravesó el cerebro como un dardo al rojo vivo.

La sacó del agua y le pasó una mano por encima para quitarle el barro. Sí. Era idéntica a la del sueño. Del tamaño de un puño. Anatómicamente perfecta. Esculpida en una sola pieza, a pesar de que la mandíbula estaba articulada. Sin ninguna huella del instrumento con el que había sido pulida. Se trataba de la obra de un artista genial y, al mismo tiempo, diabólico.

En realidad, la calavera que ahora sostenía se había alojado en su mente mucho antes de que padeciese aquella pesadilla.

Justo cuando la noche de difuntos de 1864 su hermano Valeriano y él oyeron hablar de ella a una aldeana del pueblo de Trasmoz. Ésta aseguraba que el propio Satanás se la regaló en vida a Gorgona para darle poder incluso una vez que fuera enterrada. Al menos, las gentes del pueblo estaban convencidas de que era así... Su hermano Valeriano, sugestionado también por el relato, e imaginándose a la joven Gorgona, la había pintado con su colgante diabólico. El cuadro había ido a parar a la biblioteca de una abadía de la comarca. Para que no despertara demasiados recelos en los monjes compradores, Valeriano había retratado a la bruja como a una piadosa ermitaña. Eso sí, le había dejado un brillo de maldad en sus ojos, tal y como los dos hermanos la habían imaginado.

Bécquer se estremeció. ¡La calavera se iluminaba en sus manos! Las cuencas de cristal arrojaron un torrente de luz amarilla. Ante los ojos del escritor surgió un torbellino alucinatorio. Su mente empezó a dar vueltas y vueltas, mientras alrededor desfilaba una terrorífica procesión de monstruos imposibles... y ojos infernales... y llantos... y brujas... y aquellarres... y car-

cajadas inhumanas. Una inmensa marea de lo que más había temido en su vida anegaba de espanto su mente. Y vio la última escena que había escrito para *El monte de las ánimas*, donde los esqueletos perseguían a una mujer que, con los pies desnudos y sangrientos y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de una tumba. Sólo que en esta ocasión una inscripción indicaba que aquel sepulcro era el del propio Gustavo Adolfo Bécquer. El abismo lo engulló todo haciéndolo girar frenéticamente. Negro. Todo estaba negro. Y así fue hasta que de la espiral de terror salió un alarido. Como si la voz hubiera rasgado la perpetua noche, un fugaz instante de claridad le permitió descubrir que quien gritaba era un joven. Éste, envuelto en el ciego torbellino, luchaba por no perder unos papeles manuscritos. Bécquer tuvo la honda convicción de que era un descendiente suyo, sangre de su sangre. Y también escritor... Aquellos rizos, aquel lunar en la mejilla derecha... ¡Debía de ser su hijo Emilio, pero ya no era un niño, sino un joven de unos veinte años!

—¡Emilín! —lo llamó Gustavo Adolfo.

El momento de claridad se esfumó y la insondable negrura se tragó los papeles, a Emilio y su grito. Después de aquello, la conciencia de Bécquer se desintegró en aquel mismo abismo. Contra aquel terror no existía defensa ni esperanza. Era más poderoso que la razón. La desbordaba y la derrotaba.

Su mente iba a ser oscurecida para siempre. Ya había perdido toda noción de cordura y perspectiva. Sólo existía aquel torbellino que lo volteaba en un vacío infinito, inyectándole la agonía de una eternidad llena de infierno.

Y él, que tanto había escrito sobre el horror, lo absorbió por cada uno de sus poros.

No lloró, no chilló, no apartó la vista. Tampoco deseaba ha-

cer nada de eso. Su voluntad había sido devorada por la calavera. Entonces alguien se la arrebató de las manos.

Parpadeó hasta que logró fijar su mirada en quien se había colgado la cadena de la que pendía la calavera.

Gorgona.

Casi una adolescente. Exactamente igual a como su hermano Valeriano y él se la habían imaginado siempre. Su inhumana palidez y su fría belleza irradiaban maldad. En la profundidad de las órbitas, sus ojos ardían con un resplandor perverso. Levantó el labio superior para exhibir unos colmillos aguzados como estiletos y, con la velocidad de una serpiente, los plantó a un centímetro escaso del cuello del escritor. Sin embargo, no se los clavó. Se limitó a susurrarle al oído unas palabras, que se introdujeron en su cabeza y le rebotaron de una pared a otra del cerebro.

Aunque nunca supo cómo, Bécquer consiguió salir del campamento y regresar al monasterio de Veruela. Al día siguiente estaba de vuelta en su casa de la calle Claudio Coello de Madrid. Pero ya daba igual. El horror se había apoderado de su ser. Él mismo era poco más que un muerto puesto en pie.

En los huesos y en el cerebro se le había metido un frío oscuro y seco. Éste lo acompañó durante las dos semanas que le restaron de vida, si a esa continua tortura interior se le podía llamar «vida». El frío también le impidió escribir la escalofriante historia que llevaba dentro. Todavía hay biógrafos que aseguran que lo había cogido al subirse a la imperial de un ómnibus en la Puerta del Sol.

Ignoran la terrible verdad.

El frío, de raíces más hondas que un constipado, lo acompañó hasta que el 22 de diciembre de aquel mismo 1870 murió en su casa. Su íntimo amigo Ramón Rodríguez Correa dejó

escrito que Bécquer, unos segundos antes de expirar en la cama, pronunció unas enigmáticas palabras:

—Todo mortal.

Pero no. No todo muere. Su obra, por ejemplo, pervive. Y la última y más terrorífica historia que pobló de monstruos la cabeza del primer Bécquer escritor sólo estaba esperando para continuar.

## Capítulo 2

*Si al resonar confuso a tus espaldas vago rumor,  
crees que por tu nombre te ha llamado lejana voz,  
sabe que, entre las sombras que te cercan, te llamo yo.*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER,  
*Rima XVI.*

La musiquilla del móvil despertó a Emilio.

Con los ojos cerrados, extendió el brazo derecho para encontrar el teléfono. Fue palpando la mesilla hasta que con los dedos lo halló en la esquina, junto a la lamparilla. Al intentar agarrarlo, lo empujó sin querer y el aparato cayó al suelo.

Entonces sí abrió los ojos, saltó de la cama y fue a ver si le había pasado algo al móvil. No. El maldito cacharro seguía con esa discotequera melodía que el propio Emilio había seleccionado. Ahora se arrepentía de no haber escogido otra menos estridente. La pantalla indicaba que se trataba de su jefa. Pulsó la tecla para atender la llamada.

—Dígame —preguntó como si no supiera perfectamente quién era y qué quería.

Su jefa escupió la pregunta:

—¿Qué te ha pasado?

Emilio carraspeó para ganar tiempo y buscar una excusa. Al final se rindió:

—Me he dormido.

—¿Tú eres imbécil o te lo haces? Son las diez y media. Repito, las diez y media. Tendrías que estar en la oficina desde hace dos horas. Nuestros clientes del banco me han llamado para darme un ultimátum. O les llevamos en dos semanas el programa informático o se buscan a otros.

—Ya.

—Ni ya, ni leches. Te quedan dos semanas justitas para dejar terminado el programa. Me da igual cómo lo hagas, pero hazlo. Te advierto que informáticos mejores que tú los encuentro con sólo chasquear los dedos... Mira, no me hagas seguir hablando.

—Vale, ahora voy.

La mujer colgó sin despedirse.

Subió la persiana y se miró en el espejo de la habitación. Tenía los ojos estriados de rojo y los rizos alborotados. Como si su propia visión lo hubiera vencido, se dejó caer sobre las mantas.

—¡Qué asco de trabajo! —gritó al techo para desahogarse. Como en respuesta, oyó una cisterna vaciarse en el piso de arriba.

La claridad de aquella mañana de primeros de marzo se volcaba por la ventana. En las cortinas, el sol formaba unos dibujos tornasolados. Un grupo de motas doradas danzaban en el haz de luz que iba a terminar sobre la almohada.

Se pasó la lengua por el paladar. Tenía un sabor terroso en la boca. La culpa era de ese sueño. Otra vez el mismo. Él se adentraba en un bosque mientras anochecía. Al rato, empezaba a sentir que alguien lo seguía escondiéndose tras los árbo-

les. Emilio echaba a correr. De detrás de un tronco grueso salía una joven que le cerraba el paso. Sólo era una adolescente. Y de ojos negros y profundos. Sí, era guapa. Sin embargo, poco a poco, su agraciado rostro pasaba a transmutarse en una calavera de cristal. Al final del proceso, aquel extraño ser soltaba una risita tan maliciosa que helaba la sangre de Emilio y le decía:

—Te esperaba.

Entonces Emilio despertaba. Era la pesadilla más tonta que había tenido nunca. Y la que más se había repetido.

¿Qué diablos significaba? Su poeta preferido había escrito que cuando surge el sueño, el espíritu sube a encontrarse con otros espíritus.

A lo mejor era una señal. O, mejor dicho, una señal y una idea para que empezara a escribir a partir de esas imágenes. Ya llevaba tiempo dando vueltas a la posibilidad de dedicar unos meses sólo a eso. A escribir.

Claro que le gustaría.

Por algo era descendiente del mismísimo Gustavo Adolfo Bécquer, aunque Emilio nunca pudiera firmar como Bécquer. El apellido Bécquer se había perdido, y ahora los más directos descendientes del famoso escritor eran los Aguirre Cabañas.

Emilio Aguirre Cabañas.

No sonaba mal.

Bueno, no era lo mismo que llevar el apellido del famoso escritor, estaba claro. De todas formas, tampoco Gustavo Adolfo se apellidaba en realidad Bécquer, sino Domínguez. Era Gustavo Adolfo Domínguez Bastida. Lo del Bécquer le venía de muy atrás: de unos remotos antepasados de los Países Bajos que habían llegado a Sevilla en el siglo XVI.

A los lazos de sangre se añadía que los padres de Emilio le

habían puesto el nombre de pila del más desvalido, enfermizo y becqueriano de los hijos que tuvo el escritor. Pero llevar la sangre del genial Bécquer era algo más que un orgullo. Aunque apenas había publicado, había heredado la necesidad de escribir.

El problema era esa esclavitud de trabajo en la oficina. La informática le había gustado desde pequeño; ahora le aburría. Más aún, había llegado a un punto en que detestaba cada uno de los programas que debía revisar. Cada día de trabajo era un día perdido. Cada día dejaba una carga de amargura que se precipitaba, como un sedimento de plomo, en el fondo del ánimo.

Emilio cerró los puños y dijo en voz alta:

—Hoy lo dejo. Hoy mismo me planto en el despacho de la jefa y le digo que me despido.

Sí. Lo acababa de decidir. Durante unos meses se dedicaría a escribir.

Sólo a escribir.

¿De qué viviría? Pues... tenía unos pocos ahorros y gastaría lo mínimo. Recordó que el propio Gustavo Adolfo Bécquer había hecho lo mismo. Aparcó su trabajo en el periódico *El contemporáneo* y se fue al monasterio de Veruela a escribir durante casi un año, desde diciembre de 1863 hasta octubre de 1864. A escribir leyendas que se desarrollaban por esos solitarios parajes. Su hermano Valeriano lo acompañó al monasterio para pintar a las gentes de la zona. Luego se sumaron las familias de ambos.

Pues Emilio, igual.

Al fin y al cabo, no tenía que rendir cuentas a nadie. Sus padres vivían junto a la playa de Benidorm desde que se habían jubilado y le habían dejado el piso de la calle Claudio Coello.

No debía pagar ningún tipo de alquiler o hipoteca. No tenía novia a la que dar explicaciones. Era libre para hacer lo que le diera la gana.

Cuando pasasen esos meses dedicados a escribir, entonces ya tendría una novela. Buena o mala, pero suya.

Lo mejor sería hacer como Bécquer: encerrarse en un monasterio. Si pudiera ser, en el mismo que él, el de Veruela.

Encendió el ordenador que tenía en una esquina del salón. En el buscador de internet escribió «monasterio de Veruela». Enseguida descubrió que ya no era posible hospedarse en él. Desde hacía unos años pertenecía a la Diputación de Zaragoza, que lo utilizaba como museo y escenario para conciertos y exposiciones.

Emilio resopló fastidiado. Había que probar otras opciones. Temió que en el siglo XXI ya no hubiera ningún monasterio donde pudiera alojarse. Pero su buscador le encontró una asombrosa cantidad de ellos. Eso sí, en todos advertían que no admitían a gente que fuera a estudiar o únicamente a descansar y pasear. Sólo a quienes buscasen un retiro espiritual, recogimiento y paz. A rezar, vamos.

Por lo menos, existía la posibilidad. Animado, restringió su búsqueda a la comarca del Moncayo para tener el mismo escenario que su antepasado. Así le podría salir una novela que tuviera un aire parecido. Si fuera posible encontrar un monasterio cerca del de Veruela...

Fue posible. Había uno.

Su arquitectura se asemejaba a la cisterciense de Veruela. Igual de austero y lúgubre. Bien, estupendo. La página web indicaba las normas para los huéspedes. Por cierto, eran bastante estrictas. Además de que sólo aceptarían a quien fuera con una finalidad religiosa, recalcan que sólo aceptaban a hom-

bres. Vaya, menos pegas tuvieron Gustavo Adolfo y su hermano Valeriano para ir con sus familias en el siglo XIX.

—Va a ser difícil ligar, ¿eh? —se dijo.

La página web no indicaba el precio, ni una dirección de email, ni había posibilidad de reservar por internet. Sólo aparecía un teléfono fijo con el prefijo de Zaragoza.

Emilio lo marcó. Pero ¿a qué venía ahora ese temblor en la mano?

Los pitidos se eternizaron. Al otro lado, nadie lo cogía.

Insistió una vez más. Y otra. Y otra. De hecho, volvía a marcar el número de teléfono cada vez que, tras un buen número de pitidos, se cortaba el contacto.

—Venga, venga, coged el teléfono —murmuró entre dientes.

En el fondo comprendía que era una tontería seguir insistiendo. Mejor intentarlo más tarde. El monje encargado de atender las llamadas estaría en misa, en el huerto o en el cuarto de baño. Sin embargo, casi inconscientemente, Emilio volvía a teclear los dígitos cada vez que perdía la línea.

Al tiempo que esperaba la respuesta y para calmar una inexplicable ansiedad que crecía en él, agitó el pisapapeles de cristal, uno de esos que al moverlo se provoca en su interior una tormenta de nieve en miniatura. Mientras veía cómo la nieve se asentaba poco a poco, empezó a sentir que cada llamada era una petición de entrada al terror. Casi un suicidio.

Aun así, no soltó el teléfono. No podía. Era superior a sus fuerzas.

Gustavo Adolfo Bécquer, allá desde donde contemplara la escena, seguramente le comprendería muy bien.

## Capítulo 3

*Y no falta quien se encuentra convencido de que es el mismo diablo en persona.*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER,  
*La cruz del diablo.*

El teléfono sonaba en el despacho del padre Bernardo una y otra vez.

Cuando éste salió de la iglesia y se dirigió por el corredor hacia su despacho, oyó las llamadas. La insistencia de los pitidos le hizo acelerar el paso, aunque no demasiado. Sus piernas estaban torpes por el reuma. Se arriesgaba a tropezar con algunas de esas losetas del suelo que se levantaban. Todavía le dolían las rodillas de la última caída. Cuando le quedaban pocos metros para llegar al despacho, cesaron los pitidos.

Puso la mano en el picaporte, pero no abrió. Había visto algo que le hizo arrugar el entrecejo. Avanzó un poco más por el pasillo.

La puerta de la biblioteca, contigua a su despacho, estaba entreabierta.

¿Se le habría olvidado cerrarla el día anterior?

Lo dudaba, la verdad. Además de sus funciones como hos-

pedero, se encargaba de los libros. Dedicaba unas cuantas horas al día a limpiarlos, revisarlos, airearlos, protegerlos. Le encantaba esa labor. Jamás cometería la torpeza de dejar la puerta abierta. En cualquier caso, era preferible pensar que se trataba de un despiste suyo a que cualquier alojado en la abadía hubiese entrado.

¡Sólo faltaría eso!

Algunos huéspedes parecían no conocer límites en su curiosidad, aunque coger de su despacho la llave de la biblioteca y sin su permiso... ¡sería demasiado! No todos los libros estaban destinados a ser leídos por todo el mundo. E incluso había algunos que, aunque se habían hecho un hueco en la biblioteca, nunca deberían ser leídos por nadie... Exactamente igual que hay cosas que no se deben tocar o comer o escuchar o ver, también existían libros que no se debían leer. Ni siquiera por él mismo. Por eso el padre Bernardo prefería estar presente cada vez que un huésped hojeaba los volúmenes que tenía bajo su responsabilidad.

Empujó la puerta de la biblioteca y traspasó el umbral.

Un insoportable hedor le produjo una arcada. Estuvo a punto de salir. Sin embargo, contuvo las ganas de vomitar. No cerró la puerta para que continuara entrando aire fresco. Era el olor propio de la descomposición de un cadáver.

—Una rata muerta, seguro —murmuró entre dientes.

El silencio pesaba en la atmósfera.

La claridad de la mañana se filtraba a través de los vitrales de las tres claraboyas, y no resultaba necesario dar al interruptor de la luz. El padre Bernardo permaneció inmóvil. Notaba algo que no era como todos los días, algo que no era bueno. Los libros descansaban como siempre tras las enormes estanterías acristaladas. Sí, pero...

Se adentró por el pasillo central mirando al suelo.

Conforme avanzaba, las estanterías, que casi llegaban al techo, iban formando otros corredores igual de largos a su izquierda y a su derecha. Encontró las tres ratoneras con queso que dejaba a lo largo de cada pasillo para acabar con esos animaluchos enemigos del papel. Las trampas se encontraban intactas.

Tal vez, el cadáver del roedor estuviese en un lugar menos visible. El padre Bernardo lo buscó en cada uno de los corredores que formaban las estanterías, en las esquinas de la sala, en las partes más oscuras, bajo su mesa de trabajo y su silla, dentro de los cajones de los armarios. Incluso revisó el único compartimento acristalado que tenía un agujero, por si allí se había metido algún diminuto ratón y había muerto. No. Los libros guardados en ese estante permanecían como todos los días, y sin ninguna compañía animal.

Movió la nariz olfateando el aire.

El hedor parecía proceder del fondo.

Avanzó hasta plantarse frente al muro que había tras la última estantería. El cuadro de una ermitaña adolescente ocupaba gran parte de la pared. Al padre Bernardo no le gustaba porque era una obra tenebrosa, demasiado del gusto del romanticismo decimonónico: una joven llevaba como colgante una extraña calavera de cristal por encima del pecho. Ambas miraban al espectador. Por culpa del envejecimiento de la pintura y del barniz oscurecido, los detalles se apreciaban con dificultad. Tampoco ayudaba el que la túnica de la ermitaña fuera negra. Ni que estuviese dentro de una cueva, donde apenas llegaba la claridad de la luna. La obra estaba firmada por Valeriano Bécquer, el hermano pintor de Gustavo Adolfo, y fechada en 1864. Lo que no sabía era por qué había ido a parar a ese muro ya en el siglo XIX.

No era un cuadro muy apropiado para la biblioteca. Quizás algún abad decidió colocarlo allí por el mero hecho de que sobre una roca de la cueva descansaba un libro. Ya ves tú, porque aparecía un libro. ¡Qué simpleza! Era de suponer que se trataba de la Biblia, aunque no se leía el título.

Levantó las cejas al notar una anomalía en la pintura.

A lo mejor había sido un efecto óptico producido por la luz natural que, desde los vitrales de las claraboyas, parecía morir en la calavera. El padre Bernardo marchó a coger la silla de su mesa de trabajo y la colocó bajo el lienzo. Se subió a ella para examinar mejor los detalles.

Se estremeció.

El cuadro había cambiado. Tres eran los detalles novedosos. Ahora la calavera resplandecía, pero no por recibir la luz del exterior de la biblioteca, sino con una luz propia. En segundo lugar, la joven ermitaña ofrecía al espectador una sonrisa afilada, luciferina. Por último, el libro de la roca tenía un título perfectamente visible y no era la Biblia. Al leerlo, el padre Bernardo quedó horrorizado y cerró los ojos. De su garganta salió un grito lleno de cólera:

—¡Nadie te ha llamado, nadie te busca!

Ya no volvió a ver nada, porque ni siquiera conseguía abrir los párpados. Tampoco pudo mover ningún otro músculo.

El monje, inexplicablemente paralizado, escuchó un acorde lúgubre y creciente. Se trataba de un concierto de voces descarnadas que parecían brotar de las entrañas de la tierra con el único fin de anidar en su cerebro. Al compás de las voces fue alzándose una música de extraños instrumentos para conformar una armonía perversa, un himno estremecedor. El número de voces fue disminuyendo hasta que quedó una sola, que sostenía una nota tétrica como un nicho abierto.

En cuanto el himno concluyó, la puerta de la biblioteca se cerró con un ruido casi eléctrico. El padre Bernardo, luchando en vano por abrir los ojos, tuvo la certeza de que la gigantesca estantería que había a sus espaldas se tambaleaba. Sin necesidad de verlos, estuvo seguro de que los libros se agitaban dentro de los estantes acristalados. Supo que la estantería iba a caer sobre él para matarlo.

Tuvo el tiempo justo de persignarse mentalmente.



## Capítulo 4

*Como atrae un abismo, aquel misterio hacia sí me arrastraba.*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER,  
*Rima LXXIV.*

La jefa miraba a Emilio con el rostro descompuesto. Bajo las cejas pintadas, sus ojos soltaban chispas de enfado.

—Estás de broma, ¿no?

—No.

—Llegas cuatro horas tarde y, encima, me dices que te despiden.

Emilio se sentó en una de las dos sillas que había frente a la mesa de su jefa, aunque ella no se la había ofrecido. Temió que lo fuera a echar del despacho con insultos y procuró tranquilizarla:

—Aguantaré hasta que terminemos el programa para el banco. Por eso no te preocupes. Te aseguro que van a quedar satisfechos.

La mujer bufó.

—¿Otra empresa te paga más? Es eso, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—No. Hay cosas más importantes que el dinero.

—Sí, pero todas esas cosas cuestan mucho dinero. En fin, la ley exige que me avises con quince días de antelación —hizo una pausa que a Emilio se le antojó tan artificial como ella—. Cumplirás con tu obligación, ¿no?

—Cuenta con ello.

Ella se sacudió una invisible mota de polvo de la chaqueta.

—Bueno, ahora déjame en paz y no pierdas el tiempo.

Emilio salió satisfecho del despacho. Incluso la risa le cosquilleaba en la garganta. Encendió su ordenador. Antes de ponerse a trabajar, cogió el teléfono que tenía en su mesa. Se había aprendido de memoria el número del monasterio y lo marcó. Los pitidos se volvieron a prolongar sin obtener respuesta. Por lo visto, era un mal día para llamar allí. Bueno, ya lo intentaría más tarde. De momento había que trabajar.

Durante un par de horas no retiró la vista de la pantalla. Luego hizo un pequeño descanso para bajar al bar a tomarse un bocadillo y continuó revisando el maldito programa informático. A lo largo de la tarde fue detectando numerosos defectos, aunque ninguno era de importancia. Algunos los fue corrigiendo sobre la propia marcha. Seguro que en menos de dos semanas el programa estaría en perfectas condiciones. Su jefa se ahogaba en un vaso de agua.

Anochece cuando Marta, la becaria de Recursos Humanos, se plantó ante él. Era una muchacha bastante atractiva, con el pelo tan rizado y oscuro como el de Emilio. Incluso también tenía un lunar en la mejilla derecha, aunque no tan grande. Todo el mundo afirmaba que estaban hechos el uno para el otro. Ella le acarició la mejilla con un dedo y le susurró:

—Me acabo de enterar de que te has despedido. En esta empresa las noticias vuelan.

—Te lo iba a decir yo mismo, pero me he liado y...

—¿Te ha salido otro trabajo?

—No.

—¿Qué pasa? ¿No te hace falta el dinero?

—Sí, claro, pero...

—Por favor... el dinero es como el papel higiénico. Cuando lo necesitas, lo necesitas con urgencia. Por lo menos a mí me pasa. Cada mes me viene una buena colección de facturas...

—A mí también, aunque voy a tomarme una temporada para hacer otra cosa.

—¿Eso que me contaste de montar un negocio de reparación de ordenadores? No es mala idea. Contratar a unos que trabajen para ti. Está escrito: ganarás el pan con el sudor del de enfrente.

Emilio sonrió. Entonces vino la pregunta que él más temía:

—¿Nos seguiremos viendo?

—Claro, claro, todavía tengo que trabajar aquí durante unos días.

—¿Y luego? Lo digo porque ya sólo nos vemos en la oficina. Y tú me dijiste que a lo mejor... Pues eso...

Emilio se sintió ridículo. Siempre hay algo de ridículo en las emociones que tienen que ver con las personas que se han dejado de querer. Intentó responder; no le salió ninguna palabra. Marta moduló una sonrisa melancólica y se marchó.

Él tragó saliva para deshacerse el nudo de la garganta. Se sentía mal, muy mal. ¡Estúpido! ¿Qué más quería, eh, se podía saber qué más quería? Marta era guapa, simpática, buena persona y, por si eso fuera poco, estaba coladita por él. Una chica sin rarezas, normal, lo cual suponía mucho en los tiempos que corrían. Seguramente no encontraría ninguna mejor en su vida. Durante los meses que estuvieron saliendo juntos, él fue más

o menos feliz... Aunque bien pensado, ¿se puede ser más o menos feliz? Lo que estaba claro era que él tenía la culpa por esperar demasiado. ¿Acaso pretendía que los ángeles bajaran a tocar el violín cuando ellos pasaban, que la Tierra dejara de dar vueltas o alguna cursilería de ese estilo?

Pero, a pesar de todo, Emilio no lo podía evitar. Esperaba del amor no una chispa, sino una descarga de un billón de voltios. A lo mejor la culpa, en realidad, no era de él. Era de Bécquer, que le había transmitido una sangre demasiado exigente. ¡Vaya mierda de herencia!

Emilio apagó su ordenador y salió de la oficina. Lo mejor sería darse un duchazo, cenar y a dormir. Se marchó andando, porque su casa estaba relativamente cerca, en la calle Claudio Coello. Sus padres habían hecho lo imposible para vivir en la misma calle en la que murió Gustavo Adolfo Bécquer (simplemente para presumir delante de los amigos y sacar el tema de conversación a la menor oportunidad, a veces sin que viniera a cuento). Y ahora que se habían jubilado, se habían ido a vivir junto a la playa de Benidorm. La vida tenía esas cosas sin sentido. Por lo menos, sin sentido aparente. Emilio pensaba en eso cuando, nada más entrar en su casa, cogió el teléfono. Marcó el número que tenía grabado en la mente.

Mientras esperaba que los monjes lo atendieran, se buscó con los dientes una piel junto a la uña del dedo meñique y tiró de ella.

—Dígame —respondió al otro lado una voz ronca y cortante.

Emilio se puso nervioso como un colegial.

—Hola... Eh, yo... Me gustaría reservar una habitación...

—Hasta dentro de unos días, no.

Emilio escupió la diminuta piel de la boca y se chupó el dedo meñique. Le escocía. La voz ronca explicó:

—Nuestro monje hospedero ha tenido un accidente esta mañana. No nos gustaría recibir a nadie más durante un tiempo.

—¡Vaya! ¿Le ha pasado algo grave?

La voz se ablandó para decir:

—Ha muerto...

—Lo siento muchísimo.

—Durante un par de semanas no queremos recibir a nadie.

—No es inconveniente para mí. En realidad, hasta dentro de quince días no podré dejar mi trabajo. Lo que sí le pediría es que, si puede ser, me reservara ahora una habitación. Una celda se llama, ¿no?

—Yo soy el abad del convento. He cogido el teléfono porque he entrado al despacho de nuestro hermano hospedero y... No sé. ¿Por qué quiere venir usted? ¿Para descansar, para estudiar?

Emilio detectó la trampa. El abad esperaba que le ofreciera una excusa para no admitirlo. En la página web de ese monasterio —y de la mayoría— se indicaba que eso no era un hotel. Sabía la respuesta que debía dar:

—Busco retiro espiritual, recogimiento y paz.

¡Diana! Supo que había hecho diana porque, tras un titubeo, el abad fingió una severidad que sólo encubría la aceptación:

—Dejemos claras algunas cosas. En la abadía sólo admitimos hombres. No puede traer ni a su pareja, ni a niños. Nada de móviles, ni radios en público. Además, convendría que participase en algún oficio religioso. No le recomendamos que esté menos de tres días. Usted deberá hacerse la cama y limpiar

la habitación. Ah, por supuesto, no podrá entrar en la zona reservada a los monjes.

—Me parece razonable. Mi nombre es Emilio Aguirre Cañas.

—Muy bien, lo apunto. Lo esperamos el diecisiete de marzo.

Emilio estaba eufórico. Sólo faltaba por tratar el precio.

—¿Cuánto cuesta?

El abad respondió con un tono amable:

—La voluntad. Al final de su estancia, usted pensará qué puede dar a cambio de la comida y el hospedaje.

Emilio se encogió de hombros.

—Pues, perfecto. Muchísimas gracias. Nos veremos.

—Si Dios quiere —matizó el abad.

—Si Dios quiere —concedió Emilio.

Al colgar, se sintió feliz. Iba por el camino que él creía que debía tomar. Se premiaría con una ducha, una pizza de cuatro quesos y una cerveza. Luego llamaría a sus padres para avisarles de que dejaba el trabajo en la empresa y se marchaba a un monasterio a escribir. Ellos le dirían que estaba loco.

Por supuesto, no les contaría que había sido un sueño el origen de su decisión. Imposible explicar eso de ninguna forma. Sin embargo, era la verdad.

Por lo menos, para Emilio, desprenderse de la realidad apenas tenía mérito; lo difícil era desprenderse de un sueño.

## Capítulo 5

*Sentí que una voz como un inmenso suspiro pronunciaba a mi lado vagas y confusas palabras: me volví apresuradamente y cuál no sería mi asombro al encontrarme completamente solo.*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER,  
*La voz del silencio.*

—Después de ochenta metros, tome la salida a la derecha —dijo la voz femenina del navegador GPS.

Emilio obedeció y se desvió por la N-232 en dirección a Logroño.

Ya estaba cansado de conducir y no dejaba de bostezar. Había comido demasiado en aquel bar de carretera de Zaragoza. Si no tenía cuidado, se dormiría al volante, a pesar de que los asientos del Seat León eran muy incómodos... Los ojos se le cerraban cuando el navegador le indicó que tomara la siguiente desviación para enlazar con la N-122 en dirección a Ágreda y Soria.

Pronto vio las cumbres del Moncayo coronadas de nieve, y eso lo animó. Redujo la velocidad para admirar las dos montañas principales. El cielo estaba nublado, aunque, a veces, las nubes se apartaban y dejaban pasar algún rayo de sol, preludio de una primavera que vendría en cuatro días. Tras desviarse a

Vera del Moncayo, un laberinto de senderos le hizo perder de vista las nevadas cumbres. Además, tenía que estar más atento al camino, porque, de vez en cuando, se le cruzaba un zorro o un jabalí. Pasó cerca de varias aldeas que le llamaron la atención. Apenas debían de estar habitadas, porque, a pesar del frío, no salía humo más que de dos o tres chimeneas.

Tras un recodo del camino, divisó allí abajo el valle que albergaba el monasterio. El mapa del GPS no dejaba lugar a dudas. Antes de descender por el sendero, detuvo el coche para observar la edificación. Sus murallas estaban llenas de almenas picudas y torreones esquineros. Tal vez en su origen fue una fortaleza. Se podían distinguir las distintas construcciones interiores, las torres, el claustro, incluso el río que lo atravesaba. Un águila real lo sobrevolaba. Cerca de los montes de su derecha se sostenían la vieja mina y la ermita que aparecían citadas en una página web de la zona. A la izquierda de Emilio se extendía un hayedo frondoso.

Empezó a caer una suave llovizna. La tarde se hizo más húmeda y oscura.

Despacio, para que las piedras del sendero no dañaran los bajos del Seat León, inició el descenso. El continuo serpenteo lo condujo a la desdentada muralla que, construida con rocas, parecía obra de titanes. El portón de entrada se había hecho bajo un torreón medieval. Estaba cerrado, así que Emilio bajó del vehículo por si había algún timbre al que llamar. ¡Qué bien olía a tomillo! No había ningún timbre, pero comprobó que bastaba con empujar el portón para entrar. Lo sujetó con un pedrusco y pasó con el coche a un camino asfaltado. Se trataba de una avenida de álamos cuyas ramas desnudas se agitaban provocando una melodía casi cristalina. A su izquierda se fueron sucediendo distintas naves que bien podrían ser almace-

nes. A su derecha, pequeñas huertas y un río con bastante caudal. Una caseta que servía, al mismo tiempo, de puente sobre el río debía de albergar un generador. Emilio había visto en un documental de la televisión que muchas abadías tenían su propia fábrica de luz.

Disminuyó la velocidad cuando se acercó a lo que, sin duda, era la zona reservada al aparcamiento. Había más de una docena de automóviles. El peculiar crujido de la gravilla bajo las ruedas sonaba como un saludo de bienvenida para Emilio. Sacaba las maletas del Seat cuando oyó un ladrido a sus espaldas. Al volverse, se encontró con un perro musculoso. El animal lo miraba fijamente.

—Hola, amigo —dijo Emilio poniendo su voz más dulce, aunque sin atreverse a dar un paso.

El perro era de color leonado, con manchas blancas en la parte inferior de las patas y el vientre. La mandíbula inferior sobresalía ligeramente colgando un poco, por lo que babeaba. Emilio sabía que era un bóxer porque, antes de que sus padres se empeñaran en mudarse al piso de la calle Claudio Coello, habían tenido uno en un chalé de las afueras. También sabía que esos perros eran desconfiados con los extraños, y sus reacciones podían ser imprevisibles.

Un monje se acercó y llamó al bóxer. Cuando estuvo a la altura de Emilio, le dijo:

—Creo que le has caído bien. Si no, ya te estaría ladrando. Kit tiene su genio... y su instinto.

El monje rondaría los sesenta años. Al igual que el bóxer, mostraba un aspecto fornido. Vestía túnica gris con mangas largas. Sobre ella llevaba una capa cerrada provista de capucha. Los zapatos tenían pinta de ser cómodos, no hacían ruido. Casi parecían deportivas.

—Me gustan los perros —reconoció Emilio.

El monje asintió mientras acariciaba al animal. Emilio se animó también a pasar la mano por el lomo del bóxer.

—Kit es un buen amigo mío. Y también lo será tuyo, ya lo verás. Yo soy el padre Jacinto, el nuevo hospedero.

—Mi nombre es Emilio Aguirre Cabañas. He venido a pasar una temporada. Reservé hace un par de semanas.

—Te estábamos esperando. Sé bienvenido y ojalá encuentres lo que buscas. Te acompañaré a tu celda. Por favor, sígueme. Y tú, Kit, a ver si cazas alguna rata, ¿eh?

El bóxer se marchó moviendo el rabo. El monje cargó con una de las maletas que Emilio había traído. Al ver que Emilio llevaba un maletín que seguramente contenía un ordenador portátil, chasqueó la lengua:

—Siento decirte que tenemos constantes problemas con la electricidad. Nosotros siempre la hemos producido, pero últimamente falla mucho. He avisado a los técnicos para que vengán a solucionar el problema, aunque se hacen los remolones. Lógico, porque el mes próximo ampliarán la red comarcal y nos darán una extensión. Lo que pasa es que hasta entonces...

—Mientras yo esté aquí, puede contar conmigo para esos arreglos. Sé algo de electricidad —dijo Emilio para caer bien, aunque sus conocimientos eran poco más que superficiales. Durante un verano estuvo ayudando a un tío suyo que era electricista.

—¿Ah, sí? Pues muchísimas gracias. Te tomo la palabra.

Por una rampa lateral accedieron a la portada del claustro. Emilio se detuvo un momento para observar las pilastras llenas de hojarasca, bichos propios de pesadillas, ángeles, cariatídes y dragones de granito que sostenían emblemas, mitras y escudos.